

EL DESAFÍO PROFESIONAL Y ÉTICO DE LA VIDA MILITAR

ALBERTO A. ZANCHETTA

El coraje debe ser un coraje sabio. Los hombres deben saber que lo que hacen es valeroso, deben saber que es correcto, y esa clase de conocimiento es sabiduría. El coraje va más allá del ataque.

Normalmente, en la vida no es tan simple determinar y predecir como se quisiera los problemas que se van presentando. Siempre surge lo imprevisible, la complejidad, las interferencias, el desorden, producto de los egoísmos, las envidias, los celos y las avaricias.

Los países más evolucionados, generalmente, tienen éxito en hacer que gran parte de la vida sea "previsible", mediante un planeamiento que es el resultado de su historia, de la experiencia y de las consecuencias que brinda la educación. Sin embargo, en las sociedades más organizadas y planificadas suelen, también, acontecer problemas y desajustes que son inesperados o nuevos.

En estas sociedades la magia o los acertijos son reemplazados por los esfuerzos y actividades de los profesionales, quienes aplican sus conocimientos para enfrentar y resolver las contingencias y proyectos de la vida cotidiana en sus variadas facetas. Una sociedad moderna es el resultado del trabajo y de la actividad profesional.

Así, la profesión de médico busca el bien de la salud, la profesión de abogado la de ejercer el derecho en pos del bien de la justicia; y aunque parezca paradójico, la profesión de las armas busca la paz y su resguardo, aunque a veces, para lograr su cometido, tenga que emplear las herramientas de la violencia.

La vida militar es una vida profesional, además de ser un estilo de vida y, a veces, de muerte. Y un profesional vive entre lo probado, lo nuevo y lo incierto. Y todo profesional, entre sus múltiples conocimientos y adiestramientos, debe recibir una educación ética, que hace a su competencia final o esta relacionada con los buenos resultados.

Una característica profesional es la habilidad para demostrar un juicio acertado, preciso, oportuno y prudente con respeto a asuntos de importancia que hay que resolver bajo condiciones de incertidumbre. Esto es consecuencia de su capacitación, o sea, de sus conocimientos especializados, y de la libertad para tomar decisiones independientemente de sus intereses personales.

El Capitán de Corbeta capellán Alberto Zanchetta estudió en el Seminario Metropolitano de Buenos Aires y en la Universidad Católica.

Fue ordenado sacerdote en 1973.

Estudió Derecho Canónico en la Facultad de Derecho Canónico, obteniendo el Bachillerato en la mencionada disciplina.

Ingresa a la Armada en 1984. Ganó el premio "Domingo Faustino Sarmiento" del Centro Naval, por su artículo:

"Cambios profundos, vulnerabilidades peligrosas" en el BCN N° 774 en 1995 y el mismo premio, por su trabajo "¿Necesita un comandante de consejo?", publicado en el BCN N° 807 del año 2004.



BOLETÍN DEL CENTRO NAVAL

Número 817

Mayo/agosto de 2007

Recibido: 18.8.2005

El conocimiento es duro de adquirir, requiere tiempo y esfuerzo. La comunidad, generalmente, apoya de diversas maneras esta actividad, porque valora las contribuciones del profesional, ya que espera de él dedicación recíproca y esmerada. Y el profesional tiene la obligación en conciencia y justicia de emplear esos conocimientos requeridos de la mejor manera posible. Esto, en compensación por el sacrificio que le demandó a la comunidad la posibilidad de que los adquiriese.

El quehacer militar, como una actividad profesional y ética

El hombre o la mujer que asume la profesión (vocación) militar sabe que entre sus múltiples obligaciones está el empeñar su palabra, de modo público; y que además está dispuesto a profesar este compromiso de acuerdo con los principios, usos, costumbres y prácticas reglamentarias aceptadas disciplinadamente.

Por lo tanto, quien se acerca a un profesional de las armas, intuye con antelación cómo esta persona va a abordar los problemas relacionados con su área. Militarmente, esto adquiere un matiz peculiar, porque sus conocimientos y proceder pueden producir muchos beneficios si son bien empleados, y grandes males si son mal usados.

De ahí que al militar, además de un adiestramiento acorde con su desempeño, se le pide que se comprometa a emplear esos conocimientos éticamente bien, desechando aquello que manifieste una *praxis* alejada de la ética.

Por otro lado, la comunidad en una relación de reciprocidad debe reconocerle a las fuerzas militares su derecho inmanente (inherente) de ser los profesionales competentes, en cuanto brazo armado del Estado de derecho. Porque el ejercicio de legítima defensa va unido de modo inseparable a la esencia del Estado. Éste es un derecho fundamental que tiene sus raíces, también, en el derecho natural.

La prohibición de causar la muerte no suprime el derecho de impedir que un injusto agresor cause daño. La legítima defensa es un deber grave para quien es responsable de la vida de otro o del bien común.

La evolución de la práctica internacional relativa a la legítima defensa acompaña la evolución del derecho internacional. Y la invocación de este derecho inherente de legítima defensa se precisa cuando, habiendo fracasado todos los otros medios utilizados para rechazar la violencia, un Estado se ve obligado, en contra de su voluntad, a recurrir a la fuerza. Y ahí es cuando necesita de los respectivos profesionales, que sepan enfrentar la contingencia respectiva.

Si el hombre no actuara la ética no existiría

Los hechos de corrupción que han saltado a la opinión pública, en los últimos años, han contribuido a generar una mayor preocupación por las cuestiones éticas. Hasta el punto que, actualmente, todos, de una u otra manera, reclaman una ética que oriente el ejercicio de la vida en sociedad.

Este fenómeno, que nació, principalmente, unido a los escándalos económicos y financieros, se ha expandido a otras esferas y ya es frecuente observar un reclamo generalizado para que la ética guíe la conducta profesional en todos los ámbitos.

Obviamente, la vida militar no está exenta de la incorporación de la ética en los planes de estudio de los institutos de formación y centros de reclutamiento. El objetivo es que el hombre o la mujer que ingresa tome conciencia de su misión y asuma un compromiso. La época actual exige formar líderes con un perfil humanista y un talante ético sólido.

La ética tiene mucho que decir al tratarse de una *ciencia práctica*, no pretende difundir unas nociones para expandir las ansias de conocer, sino para transformar y mejorar la propia conducta.

El estudio de la ética se considera corrientemente dedicado a cuestiones como qué tipo de actos deben realizar los hombres o qué clase de acciones deben evitar. Pero la ética no se queda en un mero catálogo de acciones buenas o malas. Es necesario ir más allá, estudiar qué es bueno por sí mismo, qué papel juega la intención y las circunstancias que rodean a la acción.

El análisis de los actos humanos constituirá siempre un elemento imprescindible a la hora de examinar el comportamiento moral porque el *contenido de la ética es, precisamente, el estudio de los actos humanos*.

Los actos humanos demuestran que el hombre es un ser libre, autor en el origen de sus propias acciones y poseedor —durante el transcurso de su acción y en su término— de lo hecho. De aquí se deriva su responsabilidad moral.

¿Cómo sabe el militar si una acción es buena o mala, acertada o equivocada?

De la ética depende la respuesta que se dé a esta pregunta. Y aquí se plantea la conveniencia de llegar a los últimos fundamentos de la conducta humana. Será tarea de la conciencia como persona descubrir la moralidad que palpita y yace escondida en cada situación concreta.

La conciencia no crea la norma: la *conoce* y la *aplica*. De ahí la obligación natural (e institucional) de formarse (y formar) una conciencia recta y verdadera. Porque tratándose de un saber práctico, vital, decisivo para la vida entera y su destino, a la vez que para su *quehacer profesional*, esto compromete al hombre entero y crea disposiciones morales convenientes; no basta sólo la buena voluntad, si bien es importante.

El estudio y el consejo son los medios para formar la conciencia. El riesgo de equivocarse será tanto menor cuanto más extensos y profundos sean el estudio y la reflexión de la propia conciencia. La actividad profesional hallan una de sus manifestaciones centrales en la perfectibilidad de la conciencia humana.

Dentro de la múltiple actividad del hombre es conveniente precisar hasta dónde llega su responsabilidad moral, sobre todo cuando de su acción se derivan otros efectos.

Las personas al actuar no sólo cambiamos una realidad exterior sino que nos modificamos a nosotros mismos. Es por eso que un soldado debe conocer que su conciencia es el testigo insobornable del honor de su vida.

La vida ética tiene que huir de las fórmulas “instantáneas”, de la eclosión de una conducta humana aislada y desvertebrada.

La vida ética no puede limitarse a un solo instante, sino a la continuidad de una trayectoria biográfica. La realización de valores a través del comportamiento acrecienta el valer como personas.

La ética habla de la humanización del hombre, de su calidad como persona y como profesional, de su mejoramiento individual, de su proyección en los demás. La ética se ejerce cada día en cada acción, no sólo en las grandes decisiones y dilemas morales.

El trasfondo ético de la vida militar

La vida militar no es meramente horizontalista. El concepto de vocación y profesión de servicio

debe considerarse como una actividad personal y, preferentemente estable, puesta al servicio de los demás, que al llevarla a cabo mejora a la vez que “trasciende” a quien la profese. O sea, que el ejercicio de esta “vocación-profesión” es fuente de profundas satisfacciones espirituales.

A su vez, esta profesión, al tener una marcada característica de servicio, pasa a ser el aporte personal más decisivo a la vida social. Sin este horizonte la vida militar se convierte en un medio de lucro o sólo de un seudohonor, con el riesgo de colocar el trabajo al servicio del propio egoísmo (gloria, fama, intereses particulares, trampolín, etc.).

No hay que olvidar que el ejercicio de una *vocación-profesión* es, ante todo, una ocasión para la mejora ética y técnica de la persona que desempeña, y de modo indisoluble, un servicio a otros hombres en sociedad.

Cuando se actúa en sentido contrario a los principios y normas éticos, no sólo se originan consecuencias sociales más o menos indeseables, sino que también se genera un desorden personal que corrompe interiormente al hombre. Así una injusticia, un fraude, una malversación, una deshonestidad, perjudica siempre a alguien, pero también a quien lo realiza, ya que ese hecho lo hace injusto: lo transforma en peor persona.

Hoy día el interés por la calificación técnica no puede estar desvinculado de la calidad humana propia de la persona. No hay verdadera excelencia profesional en alguien carente de virtudes morales. La ética se hace vida en las virtudes de las personas. De manera tal que la persona va adquiriendo así un carácter entero, constante y maduro, cada vez más inclinado a obrar bien.

Del militar se espera no sólo competencia técnica, sino también que sea confiable y responsable, que tenga espíritu de servicio y calidad humana. En definitiva, se reclama valores éticos. Sin un código de ética inculcado al soldado, podrían resultar victoriosos en el combate o en la guerra, y aun así perder prestigio en la opinión pública. Valores como honor, coraje y compromiso son indispensables.

Deontología militar

La deontología (del griego: *deon*, que significa deber, y *logos*, tratado, y que se traduce como ciencia del deber) estudia la moralidad de la conducta humana en el campo del ejercicio de la profesión. Fundamentalmente, se ocupa de determinar aquellas obligaciones y responsabilidades de tipo ético que surgen en la práctica o ejercicio de la profesión.

Esta disciplina también establece en cada especialidad cuáles son los derechos del hombre (en este caso del militar) como profesional, qué condiciones morales se exigen de él como persona y qué enfoque ético se debe dar a las nuevas situaciones en las que se encuentre en distintos momentos de su actividad.

El hombre debe aprender, en las instituciones de estudio y capacitación, a hacerse a sí mismo, lo que se llama formación del carácter; esto es la ética.

Es necesario prevenir en el soldado posibles dilemas éticos por falta de conocimiento, preparándolo para situaciones particularmente difíciles cuando se prevé que deberá afrontarlas, y poniéndolo en claro acerca de los peligros inminentes o constantes con los cuales se encontrará en su trayectoria. Es por eso necesario asegurarse de que ha asimilado los valores, los conocimientos y las motivaciones que le han sido propuestos.

Han de evitarse explicaciones deformadas por reticencias o falta de franqueza. Se debe insistir, sobre todo, en los valores humanos para procurar su aprecio y para suscitar el deseo de proyectarlos en la vida personal y en las relaciones con los demás. Esto debe ser presenta-

do con convicción y confirmado por el testimonio de vida de sus camaradas. Por lo tanto, cuando se presenten normas morales, las mismas deben mostrar a su vez su respaldo y los valores que involucran.

En definitiva, es esencial que los institutos y los cursos se ocupen de brindar a los cadetes, aspirantes y al resto del personal una formación íntegra en tres aspectos: personal, solidario y profesional. Estos institutos o cursos, además del saber técnico que brindan, es interesante que provoquen la preocupación por un auténtico mejoramiento personal. Profesionales que saben poner todos sus conocimientos científicos y/o técnicos al servicio de las personas y del bien común de la sociedad a la que se preparan a defender, hasta ser capaces de ofrendar sus vidas llegado el caso.

Por lo tanto, la vida militar exige que sus integrantes no sean inconsistentes, y eso se logra con una buena educación y formación ética. Si no la inconsistencia se transforma en algo central en la vida cuando la misma arrastra al hombre o lo impulsa a actuar de una determinada manera en contra de sus ideales y de sus principios. La misma se manifiesta como desintegración. La persona no será responsable totalmente de sus actos o de lo que siente, pero con seguridad es responsable del proceso que se ha ido produciendo en él.

La consecuencia típica de la inconsistencia es la distorsión perceptiva–interpretativa. La persona no percibe jamás correcta y verdaderamente la realidad, y en la vida militar esto puede ser grave por los resultados.

Y la otra consecuencia es la expectativa irreal. El militar inconsistente sueña con un rol lleno de triunfos y de protagonismo, tema que hace mucho mal a su misma vida, a su vocación y a la institución de la que forma parte.

La parte más importante no es sólo el comportamiento, sino la sensación del cadete o aspirante de que a través de ese comportamiento ético busca y encuentra su identidad. Y la identidad está dada por la escala de valores que un hombre maneja en su vida.

Si en la vida militar se dejan de manejar valores, la misma pierde su identidad, se vuelve insípida. Lo peligroso es que no se revisen las actitudes de vida desafortunadas que han crecido sin verse molestadas, y que jamás han sido verificadas en su raíz; y que en un momento concreto han condicionado, también, el modo de pensar y valorar para después ser totalmente justificadas.

Cuando la inconsistencia pasa al modo de pensar habitual, le da al proyecto personal un tono frívolo. Es más importante saber pensar que sentir. Y el saber pensar ayuda a saber vivir. Saber vivir implica un pensamiento operativo, no quedarse en la mera hipótesis de lo que uno debe hacer.

Cuando un militar es menos vulnerable, es cuando en su vida encuentra un sentido, entonces tiene más fortaleza y se ve menos amenazado.

Cuando se pierde el sentido vocacional, se penetra en una especie de malversación de la existencia. Lo que, eventualmente, diferencia un proyecto de vida (como es el caso del militar) de otro es la administración inteligente de los deseos y los valores que se descubren y se asumen. Seguir el derrotero del deseo inadecuado puede ser poco feliz y malo, porque anula la libertad, y el militar se dispersa inducido por la carga.

Transmitir equilibrio entre los objetivos y los resultados, entre los sueños juveniles y las metas conquistadas, y que se dé en un marco de eticidad, es un gran tema para los jóvenes que se acercan a las instituciones armadas y para los que ya están en ellas.

Es importante la capacidad de distinguir con claridad, para su vida profesional, la diferencia

entre la fama y la popularidad, entre tener una consistencia y un prestigio o, simplemente, ser conocido.

Estos temas, como muchos más, son el objeto de la deontología militar.

Los valores: como soporte de la vida militar

La vida ejemplar sigue siendo una lección abierta, y sólo los buscadores de tesoros las encuentran. Hay que ir más allá de las apariencias, perforar superficies y encontrar los ingredientes valiosos.

Los valores son bienes y realidades positivas que merecen aprecio general: realidades estimables. En la filosofía clásica se hablaba de *los universales*: el bien, la verdad, la belleza, la unidad, la amistad, el honor, la palabra empeñada, la lealtad, la responsabilidad, etc. Son cualidades esenciales que no son un medio, sino fines en sí mismos.

Los valores, más que enseñarse, propiamente se descubren. Y la educación ayuda a descubrirlos en el proceso del desarrollo de la personalidad humana.

Contemplar los valores hechos carne en otros, sobre todo, dentro del proceso de maduración de la personalidad, suscita en el ánimo un sentimiento de profunda admiración y el deseo de asumirlos activamente en la vida personal.

Los valores son eminentemente discretos: no arrastran, sino que *atraen*. Los grandes valores dan energía para vivir con dignidad incluso en condiciones de extrema indigencia y en situaciones límite.

Asistimos actualmente a una cierta dictadura de la mediocridad: la exaltación de lo vulgar, presentación hasta en sociedad de personajes vacíos y sin ningún tipo de mensaje, lucha contra cualquier tipo de excelencia. La actual crisis de valores que domina la conducta social hace prevalecer el éxito sobre la virtud, el poder o el dinero sobre la dignidad y el honor, el negocio fácil, sobre el trabajo serio y continuado.

Ante tal situación, es imperioso alimentar al soldado con otros modelos. La búsqueda de personajes auténticos, prototipos ideales, verdaderos espejos en los que mirarse, paradigmas que sirvan de norte, unos pasados y otros de mayor actualidad. Es muy difícil mantener el corazón y el espíritu dirigidos adecuadamente, cuando no existen modelos que ayuden en la lucha. Sin verdaderos ejemplos, es fácil ser guiados por gente menos inspiradora, a la cual se seguiría rápidamente por los caminos de otros que, durante un tiempo, podrían impresionar y entusiasmar, pero que no están en condiciones de otorgar una asistencia permanente, sólida y dejar un mensaje a la posteridad.

A la vida militar no le sirve el soldado que quiere todo a la carta, rápidamente, en el instante, pero escogiendo un camino errado, que a la corta es gratificante, y a la larga deja frío e insensible al que lo sigue.

Las unidades militares no pueden funcionar eficazmente en situaciones de combate si sus integrantes no son completamente honestos entre sí y abnegados, con una sólida personalidad. La salud espiritual del soldado tiene un noventa por ciento que ver con la honestidad (integridad). La vida militar necesita el valor, como las plantas necesitan la luz solar. El valor implica grandeza de alma, es parte de la fortaleza y exige perseverancia y mucha constancia para que sea considerada una virtud.

Un código de ética es el que contiene los valores del militar; porque no sólo define cómo interactuar con los camaradas, sino cómo debe tratar al resto de los miembros de la

sociedad, a sus mismos enemigos y a la gente que espera conquistar o vencer. Un código de ética militar pone parámetros a las acciones de los soldados. Establece límites para su comportamiento. Distingue los actos honorables de los deshonestos, y protege, también, al mismo soldado de sufrir daños colaterales, ya sean éstos psicológicos o referidos a la justicia.

El código es aquel que le dice al soldado: *Espero que el honor continúe siendo, igual que lo fue en el pasado, su más preciada joya. El mismo no puede subsistir sin una fidelidad a toda prueba, una bravura intrépida, una firmeza inquebrantable, una obediencia plena de abnegación y una perfecta sinceridad. Es el que le dice que se abstendrá cuidadosamente de todo acto que pueda desacreditarlo a él mismo o al resto de sus camaradas o Fuerza.*

Para el soldado, la nobleza es uno de los ingredientes fundamentales de su vocación y debe formar parte de ella. La misma no es algo revocable o sujeto a la opinión pública o a las veleidades de la moda. No se puede someter a plebiscitos. No es algo opinable para un soldado. No es algo circunstancial. Es algo fijo, inmóvil y permanente.

Un soldado sabe que el error puede triunfar y la verdad, a veces, ser derrotada. Pero, también, sabe que su vocación debe ser aristocrática; no entendida como el que nace en la nobleza, sino el que es capaz de morir en ella. La nobleza de alma está conectada con la capacidad para soportar la tensión.

Para los filósofos griegos (Sócrates, Platón, Aristóteles) es imperioso contemplar la propia vida. Para ellos, esto significa: “tomarse en serio la verdad de que no vale la pena vivir una vida que no se ha examinado a fondo”.

¿Por qué el soldado tiene que examinarse? Para saber si ha sabido mantener con paciencia algo dentro de su alma, que le posibilite vivir la tensión que genera la fidelidad a su propia vocación. La nobleza de alma está conectada con la capacidad para soportar la tensión y no buscar salidas prematuras o fáciles.

Adscribimos la cualidad de nobleza de alma a la persona que, sin importarle su propia comodidad, necesidad o dolor, está dispuesta para favorecer un ideal superior, a soportar una gran tensión durante un período largo de tiempo y a veces en situaciones adversas. Los grandes gozos dependen de haber sabido soportar las grandes tensiones. La aceptación a soportar las tensiones, por amor, por la verdad y los principios, es la parte mística de la vida militar, y es la que se necesita en nuestros días.

Una vida militar permisiva que no ofrece valores en qué fundamentarla favorece evasiones alienantes a los que son sensibles, en modo particular, los jóvenes. Los jóvenes soldados con su carga de idealismo chocan con la dureza de la vida originando una tensión que puede provocar, quizás, un rendimiento poco feliz, debido al vacío espiritual de la vida militar.

La valoración de los bienes supremos origina una ética de valores que responsabiliza para saber respetar su contenido objetivo y no hacer una apreciación caprichosa de los mismos. Saber diferenciar la gloria de la popularidad, porque todo lo demás es vanidad.

Necesidad militar de espiritualidad

La vida humana tiene dos ámbitos de desarrollo: el interior y el exterior; y el soldado necesita establecer un especial equilibrio entre los dos. El primero está referido a la interioridad, lo espiritual, lo afectivo, etc. Mientras que el exterior se manifiesta a través de la conducta.

Normalmente, el exterior da a entender o descubre el interior. De ahí la importancia que la vida espiritual (interior) tiene para llevar adelante cualquier proyecto.

Recién en los últimos años el concepto de espiritualidad se ha hecho popular, tanto dentro de círculos religiosos como entre la población más amplia. No sucedía esto sólo hace una generación. Aquello que llamamos espiritualidad existía, pero tenía un rostro muy distinto. Hoy hay libros sobre espiritualidad en todos lados. Sin embargo, pese a la virtual explosión de literatura en esta área, en el actual mundo occidental subsisten algunos malentendidos importantes con respecto al concepto.

El principal entre éstos es la idea de que la espiritualidad es algo exótica y esotérica y no algo que forma parte fundamental de la vida cotidiana común y corriente. O si no, se lo relaciona exclusivamente con lo religioso.

La espiritualidad es aquello que da forma a las acciones, y básicamente lo mismo que conforma el deseo. Cada elección, sin duda, implica mil renunciamientos.

La espiritualidad tiene que ver con lo que se hace con el fuego que arde dentro de un hombre y el modo como se canaliza eso. Y cómo se canalizan la disciplina y los hábitos con los que cada uno elige vivir. Lo cual conducirá a una mayor integración o a la desintegración de cuerpos, mentes y almas.

Lo opuesto de ser espiritual es no tener energía, es perder el deseo de vivir. La energía es una de las tareas del alma. Su otra tarea es mantenerse unido, integrado, de manera de no desintegrarse. Un soldado que tiene trabajada su espiritualidad es aquel que se mantiene provisto de energía y con una unidad interior y exterior.

La espiritualidad es para posibilitar una misma integración en un componente militar a los efectos de no quedar desarmados ni perder la identidad ni el entusiasmo ni la competencia.

La espiritualidad es la que le hace vivir al soldado las satisfacciones por el deber bien cumplido. Es la que le permite discernir que no son los bienes materiales los que acuerdan valores ni mantienen la alta consideración que discierne el juicio de la sociedad. Es la que le permite no comprometer su aptitud para la vida en campaña o despliegues. Es ella, que le permite compenetrarse de su alta misión y la obligación que tiene de conquistar la entera confianza de todas las clases sociales.

La espiritualidad es la que le hace valorar, igualmente, que cuando se encuentre en un lugar público, aquellos que lo observan deben ver en él a un hombre o a una mujer de buen porte y con un mensaje; pero también a un representante de una Fuerza donde el honor y el sentimiento del deber es exaltado a su más alto grado. Es por eso que el soldado se cuida de no realizar ningún acto que pueda desacreditarlo a él o la Fuerza a la que pertenece.

A modo de epílogo

Resulta obvio que la mirada al futuro produce inquietudes y temores. Nadie ignora que en la vida militar la tristeza por el pasado, la insatisfacción por el presente y la ansiedad por el futuro son bastante frecuentes en el personal militar. Pero, entre el inconformismo y el escepticismo, que son tentaciones reales de una parte de los soldados, se sitúan el realismo sereno y esperanzado. Un buen número de soldados vive así su vida y su vocación de servicio.

La madurez requerida para este tipo de vida supone un desarrollo armónico de la personalidad.

En los jóvenes de hoy no es difícil encontrar una cierta atrofia de la agresividad, entendida como capacidad para enfrentar lo arduo, para resistir frente a lo adverso, para asumir la renuncia y el sacrificio. Todo lo que no lleve, de manera actual, a sentirse bien es subestimado.

Quienes asumen la vida militar deben comprender que es necesario habituarse a dominar bien el propio carácter, y que es necesario formarse en la reciedumbre de espíritu.

Hoy día hay jóvenes soldados que no son constantes, perseverantes y carecen de entereza, quizá porque nadie los ayudó a desarrollar la agresividad. Y la vida militar les pedirá fortaleza. Estar embarcado en un buque o con una tropa exige reciedumbre, capacidad para afrontar los conflictos y competencia profesional para resistir los temporales, para sobrellevar los malos momentos, para asimilar, sin resentimiento, las contradicciones y desengaños. Consistencia interior —en definitiva— en orden a no quebrarse, cuando uno se siente defraudado o estafado. Por ello, en la vida militar son importantes tres cosas: saber soportar y vencer, saber combatir el egoísmo (*que es la causa y el origen de todos los desajustes en la vida de los hombres*) y no tener nunca miedo. Para los espartanos el coraje no era una cuestión de arrojo, sino más bien una superación del miedo sentido debidamente, o un desempeño valiente en presencia de una conciencia adecuada de los riesgos y de lo que está en juego; conciencia que bien podría experimentarse como temor.

El modo de combatir de los atenienses era más el atreverse a atacar. En cambio, el modo espartano era el del avance lento, controlado, y el empuje sin pausa (del muro de escudos): la disciplina, no la furia, incluso cuando asumían la ofensiva.

Hoy día, se piensa que el heroísmo parece estar fuera de alcance; uno meramente espera no quebrarse o no colapsar en la cobardía. Pero la resistencia exige sabiduría. El coraje debe ser un “coraje sabio”. Es actuar con sabiduría, cuando el miedo haría actuar a un hombre de otra manera. Es la resistencia del ánimo a pesar del miedo; actuar sabiamente. Según Sócrates es la paciencia o constancia unidas a la razón las que configuran el verdadero coraje.

Lamentablemente, los aspectos éticos (espirituales) son menos tangibles. Son complicados de cuantificar. Pero, lo cierto es que ejercen una influencia mayor que las características físicas o materiales, sobre el desenlace final.

La salud espiritual tiene que ver en un noventa por ciento con la honestidad. Todos los que viven y dicen la verdad mejoran. Por el contrario, los que se niegan a enfrentar la verdad de su propia vida, se vuelven progresivamente más deshonestos, amargos y sus actitudes se tornan cada vez más duras y desconcertantes. ■

ESTUDIO LLOVERAS CEBALLOS

ABOGADOS

SUCESIONES

Atención especial a socios del Centro Naval y familiares

Av. Córdoba 1336, piso 11º, Of. 47 Tel. 4372-0080 estudio@lloveras-ceballos.com.ar